

el
FILM
de
HOY

30
GT

MAGDA
SCHNEIDER
HERMANN
THIMIG

CONTIGO

A LA

ESTRATOSFERA

AÑO I

NÚMERO 34

EL FILM DE HOY

Publicación semanal de programas de películas modernas

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

EDICIONES BISTAGNE

Paseo de la Paz, 10 bis

BARCELONA

(GLÜCK ÜBER NACHT, 1952)

CONTIGO A LA ESTRATOESFERA

Deliciosa opereta, interpretada por MAGDA SCHNEIDER, HERMAN THIMIO, SZÖKE SZAKALI, PAUL OTTO, etc.

Música de PAUL ABRAHAM

Director: MAX NEUFELD

Sistema de sonido: TOBIS - KLANGFILM

Exclusiva de
Selecciones CAPITOLIO

(S. Huguet. S. A.)

Provenza, 292

BARCELONA

Postal - regulos: JOSÉ SANTPERE

Prohibida la
reproducción

IMPRESA INDUSTRIAL - ARIBAU 155 - TELÉFONO 76507 - BARCELONA

Contigo a la estratoesfera

Argumento de la película

Roberto Henke era un inventor alemán que había inventado un bólido o sea un cohete. Se trataba de la propulsión de los aparatos de vuelo por la reacción de los gases procedentes de la combustión de un explosivo, como ocurre en el cohete, y aquel bólido tenía por objeto comprobar la exactitud de los cálculos del inventor.

Tales ensayos habían adquirido gran popularidad en Alemania y la gente no hablaba de otra cosa. Por eso no es de extrañar que se encontrase aquella tarde en casa del inventor un "speaker" de la radio con un micrófono, para dar a los radioescuchas la satisfacción de escuchar explicaciones de labios del propio inventor sobre la próxima prueba, dadas desde su mismo taller al lado del famoso aparato.

En el taller, junto al inventor y al del micrófono había un hombre gordo. Era el señor Hlaes, socio de Roberto, que pagaba los gastos ocasionados por las experiencias.

Roberto era un muchacho joven, sumamente simpático.

Haaes era bastante antipático, no sólo por su presencia, sino por su modo de proceder.

El speaker decía:

—Señores radiooyentes: Les va a dirigir la palabra desde su taller el ilustre inventor.

Y Roberto habló así ante el aparato, tras de explicar cómo estaba construido el bólide:

—...Señoras y señores: Estas son las características del cohete que será disparado y dirigido desde mi taller...

Intervino de nuevo el speaker, diciendo:

—Vamos a dirigirle, en nombre del público, algunas preguntas al ilustre inventor. ¿Qué altura espera alcanzar?

—Creo que llegará a la estratosfera—repuso Roberto.

—¡Qué va! ¡A Marte!—interrumpió Haaes.

—El señor de la interrupción es el financiero del invento, querido auditorio—manifestó el speaker.

—Por fin—dijo Roberto—vamos a ver transformadas en realidades mis teorías.

—¿Hará el lanzamiento—interrogó el del micrófono—si el tiempo es malo?

—No—respondió el inventor.

—Si—manifestó el financiero.

—Solamente se hará—dijo Roberto—si el tiempo es favorable.

—¿Cree usted que algún día podrán volar personas en un bólide?

—De momento, no.

—¿Cómo que no?—dijo Haaes—. Para el verano próximo se podrá ir a Marte.

Para la popularidad había llegado más lejos y había creado un cuplé, cuplé que terminaba poco más o menos con estas palabras:

"El cohete de Roberto es cosa fenomenal".



El cohete de Roberto es cosa fenomenal.

Y, cuando el operador se llevó el micrófono del taller y funcionó en él con toda libertad el altavoz, tuvo Roberto la satisfacción de escuchar su cuplé radiado por la emisora desde un cabaret y él mismo, y el gordo Haaes, como hacían simultáneamente en aquellos momentos incontables radioescuchas, corearon la música, repitiendo a su compás

la letra y terminando con la famosa frase. El inventor, que se sentía mecido por la gloria, mientras cantaba, llevaba el compás con la herramienta con la que estaba trabajando para ultimar alguna pieza complementaria de la operación del día siguiente.

Después, los dos socios, sentados frente a frente, se dedicaron a esperar el parte meteorológico anunciando el tiempo probable para el día siguiente.

Y el más impaciente era el gordo por numerosas razones.

—¿Voy a comprar los pancillos?—preguntaba.

—Espere usted a que llegue el parte.

—Espero que mañana haga buen tiempo.

—Por tres veces hemos tenido que suspender la experiencia por el mal estado y agitación de la atmósfera.

—Por tres veces he tenido que preparar inútilmente café y bocadillos para cien invitados.

Pero el parte llegó, por fin, anunciado como probable buen tiempo.

Edith Warner era una joven sumamente guapa, soltera y sola que vivía en una de esas modernas casas alemanas que casi constituyen una complicada máquina con sus tubiques enrollables que permiten realizar inverosímiles transformaciones.

Y aquella noche se había acostado a dormir con el teléfono al lado de la cama, como de costumbre, y sonó el timbre del aparato, y ella se dispuso a enterarse de quién la llamaba.

Y muy extrañada oyó que una voz desconocida preguntaba:

—¿Quisiera examinar el cohete?

—¿Equivocó usted el número?

Volvieron a llamar y le preguntaron:

—¿Le gustan veinticinco hombres?

—¿Pero va a durar mucho esta guasa?

Y volvieron, y volvieron, y volvieron a llamar y la pobre Edith estaba desesperada y loca y no acababa de explicarse aquello.

Una vez fué la llamada desde un periódico.

—¿Qué quiere usted de mí?—preguntó la pobre muchacha ya con los nervios descompuestos.

—Una foto para la Revista.

—Si vuelve usted a molestar me quejaré.

—Usted nos ha mandado una carta circular referente al cohete.

—¿Cómo? No tengo nada que ver con ningún cohete.

—En su circular figura su teléfono 83-27 Westend.

—¡Vaya nochecita que me espera!

Y Edith tapó el teléfono con el colchón para amortiguar el ruido de la campanilla que constituía ya para ella una obsesión, y se fué a la cocina dispuesta a dormir sobre una silla.

Más sencilla hubiese sido dejar el microteléfono sin tocar en su soporte, pero eso está prohibido en Alemania donde se utilizan los teléfonos para dar la señal de alarma en casos de incendio o parecidos.

Roberto, entretanto, se extrañaba de que nadie llamase a su teléfono pidiendo algún dato sobre la prueba del día siguiente y temió que su socio no hubiese enviado al correo la circular en la que avisaba las contingencias meteorológicas que podían influir y daba el número de su teléfono para las consultas de última hora.

—Buena la ha hecho usted—le dijo—; estamos incomunicados.

—No lo comprendo.

—¿Mandó usted la circular?

—No quiera usted echarme a mí la culpa. La hice y quedó despachada.

Y en esto se presentó el redactor del periódico que no había podido entenderse con Edith.

—¿Quién de ustedes estaba en el aparato?—preguntó.

—Nadie.

—Envían ustedes una circular indicando el número del teléfono y, cuando se les llama, contestan con una grosería.

—Estamos esperando y aquí no ha llamado nadie.

—¿No tienen ustedes el 83-27 Westend?

—¿Westring!

—Aquí dice Westend—insistió el periodista mostrando la circular.

—Efectivamente, dice Westend. Ha sido una equivocación. El lanzamiento tendrá lugar mañana.

—Está bien.

Y el periodista se marchó, dejándolos consternados.

—¿Qué dice usted ahora?—preguntó Roberto.

—No ha sido culpa mía. Seguramente habrá sido el im-

presor... Precisamente no me gustó nada... Tenía unos bigotes...

—Déjese de tonterías. Es necesario llamar al 83-27 Westend.

—Mi idea era... espere...

—Quite de ahí. Todo lo enreda usted.

—No volveré más a una imprenta... donde haya un hombre con unos ojos así...

Por fin decidieron llamar a casa de Edith, al teléfono 83-27 Westend, y Edith, naturalmente, no contestaba, porque había decidido no contestarle a nadie y había cubierto con un colchón el aparato para amortiguar el sonido del timbre.

—No contestan. No hay nadie.

—Las once y media ¿y no hay nadie?

—Estarán durmiendo.

—Que den la señal de alarma.

Por fin, ante la señal de alarma, Edith se decidió a contestar apresurándose a decir:

—Aquí no vive ningún inventor.

—El inventor soy yo—le contestó Hanes, que estaba en el aparato—, y por eso le llamo.

—Pues me ha fastidiado usted con la equivocación.

—Tiene usted razón. Pero me estoy jugando el porvenir y el dinero de mi pobre socio.

—¿Y qué quiere usted que yo le haga?

—Si fuera tan amable que diera mi número a todos los que llamen...

—No estoy dispuesta a hacer de telefonista toda la noche.

—Señora, por favor... ¿Qué dice?... ¿No quiere?... Pero, ¿qué?... Arruinará usted a un pobre viejo con cinco hijos.

—Bueno hombre. ¡Todo sea por sus cinco hijos! ¿Qué podemos hacer?

—¿Me permite usted ir a su casa?

—Viva en Linden, 21 y me llamo Edith Werner.

—Desde su casa contestaré todas las llamadas telefónicas sin que se moleste usted.

—Pero está cerrada la puerta de la calle!

—No pase usted cuidado. Silbaré desde la calle y usted me arroja la llave.

Y quedaron conformes en la realización de dicho plan.

—¡Valiente bruja debe ser!—dijo Haas—. No envidio al marido.

Y fué a un armario que había en un rincón y reunió algunas golosinas con las que hizo un pequeño paquetito. Luego cogió una botella de coñac ya casi agotada y la completó con el contenido de otra, que debía ser seguramente alguna porquería y, cuando ya tenía hechos todos sus preparativos, al decirle Roberto:

—Que se divierta usted.

Contestó muy tranquilo:

—¿Quién, yo? ¡Si el que va a ir es usted!

—¿Yo? ¡Siempre yo!

—Lo dice la cláusula 15 de nuestro contrato. Ya puede marcharse y tenga este paquetito de golosinas para los niños de esa señora y esta botella de coñac para el marido.

Llegó Roberto frente a la casa indicada donde radicaba el teléfono cuyo número figuraba equivocadamente en la circular, y se acordó de la consigna. Debía silbar y le arrojarían desde el balcón la llave de la puerta de la calle y, al intentar cumplirla, recordó que él no sabía silbar. En vano lo intentó varias veces hasta que pasó un señor silbando y él le detuvo.

—Perdone usted... acaba usted de silbar... ¿Podría silbarme un motivo de Sigfrido?

—¿De qué la ha cogido usted, amigo?—le preguntó el interpelado creyéndolo borracho.

—Es que he olvidado la melodía, y, por más que hago, no recuerdo.

Y, entonces coriplaciente, aquel señor se puso a silbar Sigfrido, sin que tardara en caer a los pies de ambos una llave caotina.

Y Roberto, recogiéndola, le dio las gracias y lo dejó con el silbido en los labios.

—¿Quién es usted?—le preguntó Edith cuando llamó a la puerta de su piso.

Soy el ingeniero Wenk. ¿Es usted la señorita Werner?

Ella esperaba encontrarse con un viejo barbudo y él con una vieja gruñona, y se miraron mutuamente sorprendidos.

—Usted me ha permitido venir...—insistió.

Y, una vez dentro, le preguntó ella:

—¿Qué esconde usted ahí?

—Unas golosinas para los niños.

—No tengo niños.

—Y una botella de coñac para su esposo.

Tampoco tengo esposo.

—¡Ah! ¡Es usted soltera! Me alegro... Vamos, quiero decir que no importa.

—Pase y siéntese. ¿Por qué me ha mentido?

—¿Mentido yo?

—Sí. ¿Acaso tiene usted cara de ser un pobre viejo con cinco hijos?

—Es mi socio. Siempre me está jugando partidas parecidas. ¿Me permite usted?

—Sí, señor, para eso ha venido: conteste a los que llaman.

Y comenzó Roberto a contestar preguntas y el aparato no cesaba de funcionar un momento.

—¿Podría telefonar desde otra habitación?—preguntó.

—No tengo más que ésta.

—No puedo consentir que usted no duerma.

—¡Ah! ¿sí? Antes no pensó usted igual.

—Se me ocurre una idea. Sacaremos el aparato al pasillo y así podrá usted dormir.

—Como quiera.

Pero el flexible era corto y Roberto propuso la única solución.

—Lo sacaremos al balcón.

—Como usted quiera.

No era precisamente un balcón, sino un patinillo cuadrado en un patio interior, y allí se consagró el pobre Roberto a contestar incesantemente:

—Sí, mañana a las ocho.

Entretanto su socio, provisto de un gran mandil, se consagraba a preparar los bocadillos para obsequiar a los invitados, auxiliado por los dos criados, que eran marido y mujer.

—¿Cuántos panecillos trajo usted?

—Doscientos.

—Supongo que habrá bastante. Deme la margarina.

—¿Para qué?

—Para los bocadillos. La manteca es muy cara.

—Parece que mañana hará buen tiempo.

—Eso es, buen tiempo, repítalo usted.

—Buen tiempo. ¿Y eso qué es?

—Corto el jamón para los bocadillos. Son nada más para cumplir y no para cebar a nadie.

Y, entretanto, Roberto seguía diciendo:

—Sí, mañana a las ocho.

Edith abrió la puerta.

—¿No se ha acostado usted aún?—le preguntó él.

—No. Tenga. Le traigo a usted esto para que no pase frío.

Y le entregó una piel blanca muy amplia.

Pero a los vecinos les resultaba muy molesto aquel incesante campanillear y aquel incesante repetir la misma frase.

Y uno se asomó a su ventana a protestar airadamente.

—¡Es una atrocidad, telefonar toda la noche! Es un escándalo y no me deja usted dormir. Si no acaba pronto telefonaré yo también, pero será a la Jefatura de Policía para quejarme.

Roberto se cubrió la cabeza con la piel, metió también debajo el aparato y continuó. El comprendía que tenía aquel vecino razón, pero, ¿qué remedio?

Pero, sobre las molestias del teléfono, el escándalo causado por aquel vecino soliviantó a los demás y se asomó otro, y otro, y otro, a protestar y a hacer comentarios, y pronto hubo en cada ventana un vecino y el patio se llenó de griterío que llegó hasta los oídos de Edith.

Esta se apresuró a hacerlo entrar.

Me ha enemistado usted con toda la vecindad.



—Continúe usted telefoneando...

Roberto se levantó impetivamente.

—¿Adónde va usted?

—A pedirles perdón de piso en piso y dejarla a usted en buen lugar.

—No vale la pena. Continúe usted telefoneando aquí dentro y tomará usted una taza de té conmigo porque está usted helado.

Y luego, mientras disponía la mesita, añadió:

—Ayúdeme usted un poco, pero no vaya a romper nada...

—Estoy acostumbrado. Todos los días le hago.

—Y su mujer, ¿qué hace?

—No estoy casado... ¡Ya estoy hasta los pelos!... Sí, mañana a las ocho.

—¿No está usted casado? ¿Entonces por qué mintió cuando telefoneó?

—¿Yo mentí?

—Sí. Usted me dijo que tenía cinco hijos.

Y el maldito teléfono importunándole, entonces que sentía los encantos de la intimidad de aquella mujercita que se insinuaba mimosa,

—¿Cuándo sale el cohete?

—¿Y a usted qué le importa?

—¿Cómo?

—¡Ah, dispense! Mañana a las ocho.

La joven se rió y él le dijo:

Quien habló con usted fué mi socio. ¡Qué bonita es usted cuando se ríe!

Y tomaron el té y cantaron e hicieron funcionar un gramófono, y, en definitiva, flirtearon y terminaron por enamorarse mutuamente, tras de hacer poco caso del teléfono.

Después le ofreció ella una copita de coñac del que había el traído para su esposo y, al beberlo, le entró un golpe terrible de tos y unos estornudos incesantes.

—¡Qué castarro más imponente ha cogido usted en el patio!

Y le arregló una butaca que, cuando estornudaba, se tumbaba hacia adelante, y lo arropó cuidadosamente.

- Ahora a dormir y mañana iremos al lanzamiento.
 —¿Me acompañará usted?
 —Le acompañaré.

Amaneció diluviando.

—¿Teemos que sacar el cohete?—preguntó el criado a Haaes.

—¿Cree usted que lo vamos a disparar aquí?

—Como está lloviendo...

—Eso no debe preocuparle a usted.

—Pues adelante.

—Ya llega la gente.

—Y también la banda de música.

—A cada invitado un bocadillo, pero sólo uno, ¿eh?

—Entró el periodista.

—¿Qué hay, señor redactor?

—Que es usted un barómetro. En cuanto fija usted una fecha para el lanzamiento, ya se sabe, ese día agua segura. Hasta el próximo día de lluvia.

—No se vaya, que hoy es la prueba.

—¿Hoy?

—Naturalmente. ¿Un bocadillo y una taza de té?

—Supongo que podremos marcharnos—le dijo el jefe de la fuerza enviada para mantener el orden.

—¿Por qué?

—Como está lloviendo.

—Son cuatro gotas. ¿Es usted acoso de azúcar?

—Por mí...

—Aquí tiene usted un paraguas. ¿Quiere un bocadillo y una taza de té?

Llegó Roberto acompañado de Edith.

—¡Qué mala sombra! Otra vez hemos hecho venir a la gente en vano—le dijo a Haaes.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Supongo que no querrá usted que con este tiempo se haga la prueba.

—¡Sí, señor! Es necesario. ¡Me urge vender la patente!

—Con este tiempo no es posible.

—Repito que sí. ¡Se hará hoy!

—Y yo digo que no, que no y que no.

—Con arreglo al contrato el que manda soy yo.

—Pero usted no puede exigir...

—¿Quién es esa jovencita?

—La señorita que anoche fué tan amable...

—No me interesan sus cosas particulares.

—Permita usted... dijo Edith.

—No permito nada.

—... El sabrá lo que dice siendo el inventor.

—Mire usted, señorita. De esto no entiende usted nada.

—Si el cohete... ¿Pero a qué perder tiempo?... ¡Listo!

—Bien. Bajo su responsabilidad.

Y allí estaba el micrófono de la radio ante el que tenía Roberto que pronunciar unas palabras.

—Señoras y señores: Se aproxima el momento emocionante. El cohete saldrá...

—¡Música, música!—ordenó Haaes.

—Es un disparate con este tiempo—insistía Roberto rebuscando hasta el último momento.

Y, en definitiva, se intentó la prueba, y el cohete subió un par de metros y estalló con pánico general y lluvia de innumerables paraguas.

Y Haaes se indignó.

—¡Ese bandolero! ¡Me ha arruinado! Me ofrecen comprarme la patente y el cohete sólo vuela dos metros. ¡Toda la volada menos el cohete!

Poco después regresaban en tranvía desde el taller al centro de París. Haas, Roberto y Edith.

Y Haas, maliciosamente, le habló en voz baja al pasajero que iba a su lado diciéndole que allí iba el famoso inventor del cohete y contándole el fracaso.

Y el pasajero se mudó de asiento e hizo correr la voz, no tardando en cantar todos a coro, la canción de moda, el cuplé del cohete.

Pero el verso final, en lugar de decir:

"El cohete de Roberto es una cosa genial",

Decía:

El cohete de Roberto fué un fracaso colosal".

Llegaron Roberto y Edith a casa de ésta que procuró animarlo.

—Ahora a descansar. ¡Ponga usted otra cara, hombre de Dios! Siéntese. ¿Quiere tomar algo? ¿Un pitillo? ¿Una copita de coñac?

—Nada, no quiero nada.

—¿Un poquito de música?

Y Edith hizo funcionar su aparato de radio que entonó la canción de moda, el cuplé del cohete...

—¡Corte, corte! ¡Hasta la radio me toma el pelo!

—También se rieron de Zeppelin.

—Pero yo no soy Zeppelin.

—Lo esencial es que usted tenga fe en su invento.

—La tengo.

—Pues construiremos otro aparato.

—¿Quién me dará dinero para ello?

—Su socio.

—¿Ese no suelta ya una perla?

—Es necesario impresionarle.

—Sólo le impresionan las pesetas.

—Dígale que tiene un tío rico en América.

—Sabe que no tengo familia.

—Pues dígame que es novio de la hija de Rockefeller.

—Pedirá pruebas.

—Se las daremos. Usted le enseñará cartas de su novia que escribiré yo.

—¿Y hasta cuándo durará la broma?

—Hasta que termine su nuevo cohete.

—¿Pero quién se va a creer que soy el novio de la hija de Rockefeller?

—Hay otros, Morgan, Ford... Schwab... ¡Usted es el novio de la hija de Jim Schwab! Vire, aquí hay un sello americano. ¿Qué diremos en la carta?... Querido Roberto... Es muy frío... Queridísima... Es poco... Idolatrado Roberto.

Y la carta fué escrita.

Lo que se le olvidó a Edith decirle a Roberto fué que Jim Schwab existía y era precisamente tío de ella.

Provisto de la carta se presentó Roberto en el taller donde estaba Haas gruñendo.

—¿Aun se permite usted estar contento después del fracaso del cohete?

- Construiré otro.
 - ¿Quién le va a dar los cuartos?
 - Usted.
 - ¿A usted no lo han insultado nunca?
- Roberto dejó displicentemente la carta sobre la mesa y



—¡Hola, Roberto

salió con una excusa, mirando por el ojo de la cerradura. Y vió que Haacs cogía la carta... Pero en vez de leerla, la utilizó para barrer la mesa de ceniza y volvió a dejarla en su sitio.

—Creí que llamaban—dijo Roberto volviendo a entrar—y era un pordiosero.

—Eso ha hecho usted de mí ¡un pordiosero! Me ha costado una fortuna su dichoso invento. Voy a hacerle la cuenta. 4.000 marcos primero... y los 5.500... ¿Pero a qué hacer números?

Y, distraído, creyendo que rasgaba el papel, rasgó la carta y, al fijarse en ello, la ojeó, leyéndola después con sumo interés. Y cambió completamente el disco.

—Roberto, Roberto—le dijo en tono adulator.

—Déjeme en paz.

—Fue una desgracia lo del cohete, pero construiremos otro.

—Tengo mucho trabajo.

—Yo también he tenido veinte años... pero eso de tener otra novia estando para casarse con la americana...

—¿Pero ha leído usted su carta?

—He husmeado un poco nada más.

—Deme su palabra de que no lo dirá a nadie. El padre de ella aun lo ignora.

—Mi palabra.

Así logró Roberto engatusar a Haacs para construir un nuevo cohete, y así acabó también por transformarse en el novio de Edith, enamoradísimo mutuamente los dos jóvenes.

Y así, cierto día, cuando la marcha del cohete estaba muy avanzada, se presentó Roberto en casa de su novia cuando ésta regresaba del Conservatorio.

—¡Hola, Roberto!

—Te traigo flores... y algo mejor. Noticias de que va tengo una oferta para la venta de la patente.

—Entonces todo va bien.

—Trabajo mucho y no tardará el nuevo aparato más que unos quince días en estar listo.

—Ya lo suponía al no verte por aquí.

—Pero me falta dinero.

—Lo que quiere decir que necesitas otra carta.

—Dime que se lo vas a decir a tu padre, y pon muchas cosas en inglés, que él no lo entienda.

Y así siguió rodando la bola.

* * *

Por su parte, el gordo Haas no se había dormido y le había escrito al señor Jim Schwab habiéndole del invento.

Cuando recibió contestación fué a buscar a la señorita traductora de inglés que le había escrito la carta.

—¿La señorita que traduce el inglés?—le dijo la que lo recibió cuando se presentó en el domicilio de la traductora. La de otras veces ha salido... pero yo también sé traducir.

—Pues tradúzcame esta carta.

—Usted ha escrito una carta y en ésta se le contesta... se habla algo de un cohete...

—Eso es, yo he escrito una carta: le diré de lo que se trata.

—También se habla de Roberto Henke.

—Henke ha inventado un cohete y el señor Schwab es el padre de su novia, el que tiene que dar el dinero...

—Pero... ¿traduzco yo a usted?... "Le participamos que el señor Schwab se interesa mucho por los inventos. El se-

ñor Schwab está en la actualidad en el Hotel Imperial de Lorcano, así es que dentro de unas semanas..."

—¿De unas semanas? ¡Espere usted!—saltó Haas cogiendo el teléfono.

—¿Es la agencia de viajes? ¿A qué hora sale el primer tren?

—¿Para dónde?

—Para Lorcano...

—Pues para Lorcano...

—Pues dentro de dos horas.

—Resérvame dos billetes de tercera. ¿No hay cuarta clase, verdad?

Entretanto hablaban los dos novios.

—Esto que hacemos—decía él—es una verdadera estafa.

—Cuando vendas las patentes se lo devolverás con creces.

—Si todo saliera bien...

—No lo dudes.

—¿Hasta la noche?

—Iré a esperarte.

* * *

Con el tiempo justo llegó Haas al taller y comenzó a realizar los preparativos del viaje. Roberto llegaría de un momento a otro y le obligaría a que le acompañara a Lorcano. Pero se fijó en el teléfono y se le ocurrió que el joven querría despedirse de alguien y le haría perder tiempo y cogió el microteléfono y lo metió en un cajón de la mesa que corró con llave.

Y, entretanto, Edith recibía la visita en la puerta de su casa, de un agente de viajes que le dijo:

—Tenemos orden telegráfica de su tío de entregarle un billete para Lorcano.

—Pero yo no sé nada.

—En Francfort encontrará un agente nuestro que la acompañará al coche de su tío. El tren sale dentro de una hora y la esperará a usted en el andén.

Y la joven se dirigió inmediatamente al teléfono para despedirse de Roberto, sin conseguir comunicar con éste.

Y, en cuanto llegó Roberto al taller, le dijo Hans:

—He recibido una carta de América y nos vamos de viaje.

—¡Ahora que está a punto de quedar terminado el aparato! ¿Y adónde vamos?

—Ya lo verá usted.

—Si no me lo dice no voy.

Según el contrato tiene usted que seguirme y le advierto que va a tener usted la mayor sorpresa de su vida. Hasta me abrazará usted. El tren sale dentro de quince minutos. Apresúrese usted.

—¿Dónde está el teléfono?

—¿Yo qué sé?

—Pero no puede haberse evaporado.

—Ni yo me lo he comido. Venga, vamos o perdemos el tren. Coja las maletas.

—¿Has son las tuyas.

—Es que me duelen los riñones.

¡Mira que dejarle a uno sin telefonar! No poder avisar a Edith de este viaje absurdo...

Y marcharon a la estación y tomaron el tren.

En el tren viajaba también, en un coche de primera, Edith, y frente a ella un caballero calvo.

La joven encargó a un empleado del tren que averiguara si viajaba en él el señor Schwab, y al poco regresó diciéndole que no.

—¿Espera usted a alguien?—le preguntó el señor calvo.

—Sí, a un tío de América.

—¿Qué señas tiene?

—No lo sé. No lo he visto nunca.

—Así es difícil... ¿Sus bombones son para su mamá?

—No, para mi novia. Un gran inventor, Roberto Henke, que ha inventado un cohete.

—¿Lo sabe su tío?

—Mi tío no se ocupa de mí.

—Pero le mandará dinero.

—Sí, lo necesario... y nada más.

—¡Vaya un tío que será su tío!

Y, en esto, llegó un funcionario pidiendo los pasaportes.

—La señorita es Edith Werner—dijo el señor calvo.

—Gracias, señor Schwab—respondió el funcionario.

—De manera que tú eres...—dijo ella sorprendida y corrida.

—Ese tío.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Entonces no me hubieras hablado con tanta franqueza.

—La verdad es, tío, que nunca te has ocupado de mí.

Haaes, acompañado de Roberto, llegó a Lorrano y tomó el coche que los condujo al Hotel Imperial. En la puerta quiso un botones coger las maletas y Haaes le detuvo:

—Déjalas. El señor es muy fuerte.

Alquiló dos habitaciones en el cuarto piso preguntando si no había quinto y tampoco dejó al botones coger las maletas. Luego, junto al mostrador, intentó averiguar si estaba allí el señor Schwab.

Y resultó que frente a él desfilaron numerosos señores Schwab. El de París, la esposa del de Canadá, el de Turin. Un botones gritó: "El señor Schwab al aparato", y corrieron diez o doce señores.

¿Pero qué pasa aquí?—preguntó Haaes.

—Los Schwab del mundo entero se reúnen aquí para celebrar una fiesta familiar.

—¿Por los clavos de Cristo!

—¿No hay un Schwab de Nueva York?

—Cuatro.

—Que tenga una hija casadera.

—Dos.

¿Pueden arreglarlo de manera que en el comedor esté entre los dos?

Resuelto aquello se llevó Haaes a Roberto a una sastrería para alquilarle un smoking para aquella noche, mientras llegaba al hotel y se instalaba en él Jim Schwab con su sobrina Edith. El smoking costó trabajo encontrarlo, pero al chaleco le faltaban dos dedos y Roberto tenía que andar siempre abrochándose.

Luego llegaron al hall y Roberto se extasió ante los ricos entremeses allí expuestos.

—Tenemos salmón, pavo trufado, huevos rusos, langosta, ostras, caviar...

—Esas son porquerías y, además, padezco del estómago.

—¿Le traemos un aperitivo?

—Buena. Y sirvanlo en aquella mesa.

Aquella mesa era el sitio estratégico entre las de los dos Schwab americanos con hijas casaderas.

Sentados en las mesas, llegó a la suya Jim Schwab con su sobrina Edith, y Roberto, que ya estaba azoradísimo por el sesgo que tomaban las cosas, se quedó, al verla, de una pieza. ¿Qué disculpa le daría por no haberse despedido de ella?

Y, por otra parte, su socio aumentó su confusión diciéndole:

—Ahí está su novia, la de Nueva York. Mírela, salúdela, sonríale, brinde usted por ella...

Cuando Edith y su tío se marcharon, respiró Roberto y le dijo a Haaes:

—No es mi novia.

—Pero esa sí. Ahí la tiene usted. Salúdela, sonríale, brinde por ella.

Se trataba de la otra Schwab, de Nueva York, Mary, hija de un señor que estaba arruinado.

Haaes, con su característica frescura, se dirigió al padre de Mary y le habló:

—¿Usted no conoce a mi socio? Es el ingeniero Henke, un gran inventor, que vale muchos millones. Se lo presentaré. Ha inventado un cohete y antes de un año se irá de París a Nueva York en unos minutos. Y es el novio de su hija, aunque ya sé que ella no le ha dicho a usted nada.

Y el padre de Mary, al oír hablar de inventos y de millones, se entusiasmó y le dio a Haas su conformidad.

Y Haas rogó a Roberto cuando trataba de escaparse a



... notó que estaba sentada a su lado su verdadera novia.

la calle y lo llevó ante su supuesta novia y le obligó a darle un beso que le valió una bofetada.

Ella tenía su novio, Carlos, inconfesable, porque no sabía más que jugar al tenis, al fútbol y volar. Pero su padre le dijo que tenía que casarse con Roberto porque era un porvenir, haciéndole consideraciones sobre su estado de ruina.

Y, por fin, Roberto habló con ella, pero le fué franco y le expuso la situación sinceramente, y ella accedió a representar la comedia del noviazgo.

Su padre presentó a Roberto al jefe de la familia, viejo sordo e idiota que, al saber que se trataba de la boda de una parienta pobre, dispuso que, como era costumbre, se abriera una suscripción para dotarla.

Y en la fiesta, Roberto, haciendo de novio, bailó con ella y bebió unas copas de coñac de más, a cuenta de su novio, sin que lo supiera ya...

... con espanto notó que estaba sentada a su lado su verdadera novia, Edith.

Cuando iba a escaparse otra vez a la calle con las maletas, lo detuvo Haas.

Y, por fin, Roberto se encontró con Edith y tuvo con ella explicaciones, contándole que aquella con quien le había visto era la Schwab de Nueva York, y que su socio le había traído sin dejarle tiempo para despedirse y que el teléfono había desaparecido. Y ella no acababa de creerle.

Pero Haas se enteró de lo de la suscripción para la dote y le dijo a Roberto:

—Usted me dijo que iba a casarse con la hija de un millonario y resulta que su suegro es un perdidísimo. Rompa sus relaciones y cásese con una rica.

Y Roberto, ya desesperado, le contó las verdades del barquero, desahogándose.

Y Haas, para desahogarse a su vez, le dijo al futuro suegro que Roberto era un timador y que su invento no valía dos reales.

Pero se habían reunido veinte mil dólares para dotar a Mary y no era cosa de renunciar a ellos. Y, entonces, el padre, que nunca había querido oír hablar de Carlos, se acordó de él, le ofreció la mano de su hija con cinco mil dólares de dote y...



... tuvo con ella explicaciones,

En la fiesta familiar de gala, tras del solemne desfile, al aparecer los novios, él era Carlos.

El viejo patriarca sordo y chillado, a quien había sido presentado como novio Roberto, no se enteró de nada.

Y, terminada aquella absurda aventura, regresaron al taller.

—Quiera decirle...—le dijo el criado.

—Luego, luego.

—Es que...

—Le felicito.

—¿Por qué?

—Por Spitzber.

—Basta de bromas.

Y uno de los que habían acudido a verlo, le dijo:

—Deseo comprarle a usted la patente. Le daré un buen anticipo.

—Le repito que no estoy para bromas.

Y, cuando todos le felicitaban y él no sabía por qué, encontró sobre su mesa un telegrama:

"Roberto Henke Berlín. Cohete cayó en Spitzber. Records batidos."

Salió al taller y no estaba el cohete, pero sobre su sitio había un agujero en el techo.

—¿Y el cohete?

—¿Y el cohete?

—Es lo que quería decirle. Se formó un corto circuito y el cohete salió. Aun no ha caído.

Y todo, en adelante, fueron felicitaciones, agradeciendo él, sobre todas, la de Edith.

Y la de su tío.

Acudió la radio y Roberto volvió a hablar.

—¿Qué proyecta usted?—le preguntó el speaker.

—Seguir construyendo.

—¿Y qué más?

Y con la mirada y la sonrisa en Edith contestó:

—Subiremos al séptimo cielo.

FIN

Números publicados:

1. LA EMISORA FANTASMA, por Ralph Forbes.—2. PORQUE TE QUIERO, por Nancy Carroll y John Bales.—3. DURO DE PELAR, por James Cagney, Mary Brian.—4. CENTRAL PARK, por Joan Blondell, Wallace Ford.—5. ASÍ ES BROADWAY, por Ginger Rogers, Joan Blondell, Ricardo Cortez, etc.—6. EL DEMOLEDOR, por Jack Holt.—7. LA DAMA DEL AVIÓN, por James Murray, Evelyn Knapp, etc.—8. PALACIO FLOTANTE, por George Brent, Zita Johann, etc.—9. SE NECESITA UN RIVAL, por George Arliss, etc.—10. EL ABUELO DE LA CRIATURA, por Stan Laurel y Oliver Hardy.—11. ¡HOOP-LA!, por Clara Bow, Richard Cromwell, etc.—12. NOCHES EN VENTA, por Herbert Marshall, Sari Maritza, etc.—13. MADISON SQUARE GARDEN, por Thomas Meighan, Marlon Nixon, etc.—14. ¡HOLA, HERMANITA! por JAMES DUNN, BOOTS MALLORY, etc.—15. LA LEY DEL TALIÓN, por Spencer Tracy, Claire Trevor, etc.—16. MURALLAS DE ORO, por Rosita Moreno, Norman Foster, etc.—17. LA LOCURA DEL DÓLAR, por Walter Huston, etc.—18. POR UN BESO, por Georges Milton, Tania Fedor, etc.—19. CIVISMO, por Charles Bickford, Richard Arlen, etc.—20. EL PRECIO DE LA INOCENCIA, por Jean Parker, Willar Mack, etc.—21. SÁBADO DE JUERGA, por Gary Grant, Nancy Carroll, etc.—22. JIMMY Y SALLY, por James Dunn, Claire Trevor, etc.—23. ALIAS LA CONDESA, por Allison Skipworth, Richard Bennett, etc.—24. A LA SOMBRA DE LOS MUELLES, por Claudette Colbert, Ben Lyon, etc.—25. PERDÓNE, SEÑORITA, por John Gilbert, Robert Armstrong, etc.—26. FALSA ACUSACIÓN, por Richard Talmadge, etc.—27. CUPIDO DE UNIFORME, por H. Liedtke, etc.—28. BROADWAY Y HOLLYWOOD, por A. Brady, F. Morgan, etc.—29. EL EXPRESO DE ORIENTE, por H. Angel, N. Foster, etc.—30. TE QUISE AYER, por Elissa Landi, Warner Baxter, etc.—31. REMO-SATÁN, por Marion Burns, Kane Richmond, etc.—32. LOCURA DE SHANGHAI, por S. Tracy, F. Wray, etc.—33. LA MÁQUINA INFERNAL, por C. Morris, G. Tobin, etc.

EDICIONES BISTAGNE

PASAJE DE LA RAY, 10 BIS
TEL. 18641 - BARCELONA